

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

Roma, 8 de diciembre de 1979.

Queridos hermanos:

La fiesta de la Inmaculada nos ha vuelto a llevar, como todos los años, a recordar nuestros orígenes y a refrescar las razones de nuestra esperanza. El 8 de diciembre, fecha tan significativa para la vocación salesiana, la he vivido entre los queridos muchachos de la casa de Arese, con emociones profundas y en un torbellino de inquietantes reflexiones.

Al estar con los jóvenes más necesitados, en Arese, como antes en la India, en América Latina, en Africa, en China y doquier, se palpa, con una intuición desconcertante, la utilidad histórica y la urgencia de ser plenamente salesianos: de ser más genuinos, más audaces, más creativos y más numerosos; sí, sí, incluso mucho más numerosos.

1. UN RETO ANGUSTIOSO

La nuestra es una vocación nacida del afán y del dolor de una maternidad irrefrenable —la de María y la de la Iglesia— para el robustecimiento y la salvación de la juventud cada día más numerosa e indigente. La Iglesia, como María, lleva dentro de sus entrañas las energías del amor materno, su intrepidez, su constancia incansable, sus secretos de recuperación, su estilo de bondad, su sonrisa de comprensión, su osadía de esperanza, sus

riquezas de donación en una intimidad de alegría que, al decir del poeta, «comprender no puede quien no es madre».

La maternidad de la Iglesia y de María comporta una vitalidad objetiva que introduce toda vocación, especialmente la nuestra —de una dimensión mariana tan intensa—, en el vértigo de un amor apasionado que llega a tocar incluso las fibras biológicas de nuestra existencia. El Papa, en su carta a los sacerdotes, les habla del característico aspecto de paternidad de su vocación y no duda en llamarlo «casi otra maternidad, recordando las palabras del Apóstol sobre los hijos que él engendra en el dolor (1 Cor 4, 15; Gal 4, 19)» (Carta a todos los sacerdotes, 8).

Si echamos un vistazo al mundo y consideramos, en los diversos continentes, el aumento cuantitativo cada vez mayor de nuestros destinatarios, y si volvemos los ojos a la responsabilidad materna de la Iglesia y, dentro de Ella, a nuestra misión específica, da un vuelco el corazón.

¡Eramos 22.000 en la Congregación y ahora somos 17.000!
¿Cómo es posible?

Es verdad que estamos viviendo un vasto desconcierto cultural en el que se asiste a campañas de resquebrajamiento de la fecundidad que promueven el divorcio, el control de la natalidad, el aborto; o sea, que fomentan una cultura que pone en crisis el misterio esencial de la maternidad. Por fortuna, la Iglesia tiene una naturaleza que le viene de lo alto, vinculada a la trascendencia de la resurrección; vive encarnada culturalmente, pero como portadora de luz y de fecundidad a toda cultura y a toda hora histórica, sin dejarse aprisionar en las modas pasajeras.

Nos urge, pues, reflexionar, a nosotros, que participamos vocacionalmente de la naturaleza materna de la Iglesia, sobre el significado de un ataque tan insólito a la fecundidad y a la fidelidad.

¿Por qué tantas defecciones de la profesión perpetua? ¿Por qué tantos sacerdotes reducidos al estado laical? ¿Por qué crece

el número de religiosos alterados en su equilibrio psíquico y en su vida de fe? ¿Por qué tan pocas vocaciones, sobre todo en tantas regiones de Occidente? ¿Cómo tener fuerza y valor para perseverar? ¿No nos habremos dejado o nos estaremos dejando aún fascinar demasiado por ciertas modas y concepciones secularistas tan deletéreas?

He aquí un reto que angustia nuestra fidelidad religiosa.

2. «CONFIRMA FRATRES TUOS»

En la última reunión de los Superiores generales celebrada en Villa Cavalletti el pasado mes de noviembre, se afrontó precisamente este asunto, con estudios de especialistas y con intercambio de experiencias, reflexiones y esperanza sobre todo en los enriquecedores trabajos de grupo. El tema se ha estudiado y discutido en vista de la responsabilidad que pesa sobre los Superiores; pero cada uno debe aplicárselo a sí mismo, porque el Señor nos ha encargado a todos, a todos sin excepción, servir y animar a nuestros hermanos.

El significado de tal función se ha sintetizado en la expresión de Cristo a Pedro: «confirma fratres tuos», ¡tú preocúpate de afianzar a tus hermanos! (Lc. 22, 32).

Nosotros somos débiles y volubles; pero Dios es fuerte. Más aún, sólo Dios es la fuente del valor y de la seguridad; sólo El puede afianzarnos (Rom. 16, 25), sólo El nos mantendrá firmes hasta el final (1 Cor. 1, 8); El es el que nos ha colocado sobre el sólido fundamento que es Cristo (2 Cor. 1, 21), El es de fiar y El os afianzará y os guardará del malvado (2 Tes. 3, 3); El en persona os restablecerá, afianzará, robustecerá y dará estabilidad (1 Pe. 5, 10). Sabemos, sin embargo, que Dios actúa en la vida cotidiana por medio de nosotros; hace llegar hasta nosotros el vigor de su presencia y el dinamismo de su gracia a través de hombres escogidos por El. Así se explica la misión de Pedro, la de los Apóstoles, la de los guías de cada

Comunidad, la de cada uno para con su prójimo; son participación verdadera y concreta en la acción eficaz de reforzar y dar nuevo vigor, propia de la potencia de Dios.

Pablo, por ejemplo, dice a los Tesalonicenses que les ha enviado a Timoteo precisamente «para que afianzase, alentase vuestra fe y ninguno titubeara en las dificultades presentes» (1 Tes. 3, 3).

Hay, pues, en nosotros, por la bondad y concesión del Señor, una verdadera capacidad de fortalecer y afianzar a los demás en la vocación bautismal y religiosa. Es un don que comporta obligación, discernimiento, iniciativa y tribulaciones; pero que produce también el gozo propio de un ministerio de amor fecundo. Escuchemos otra vez a Pedro en su primera carta: «Me dirijo a los responsables de vuestras comunidades, yo, responsable como ellos (...): cuidad del rebaño que tenéis a vuestro cargo, mirad por él (...) de buena gana (...), con entusiasmo; no tiranizando a los que os han confiado, sino haciéndoos modelo del rebaño. Así, cuando aparezca el supremo Pastor, recibiréis la corona perenne de la gloria» (1 Pe. 6, 1-4).

Quisiera, con esta carta, acertar a transmitir a los Inspectores, a los Directores, a los Confesores, a los Formadores y, en definitiva, a todos los Hermanos, un suplemento de consciencia y de diligencia acerca de su responsabilidad de afianzar a los demás y un testimonio vivo de la satisfacción y de la alegría que proviene de hacerlo. Afianzar a los hermanos es compartir con Cristo un poco su solidez de fundamento; es un colaborar con Pedro en su función de roca; es experimentar el dinamismo fecundo de la maternidad de María y de la Iglesia; es compartir con Don Bosco la certeza de la validez sobrenatural de la vocación salesiana.

Los tiempos que vivimos exigen actitudes nuevas, apropiadas a las dificultades que surgen. La crisis de fidelidad y de fecundidad a que asistimos requiere en nosotros la capacidad de afianzar y de alentar: una capacidad que comporta una

programación de virtudes nuevas que practicar. Habrá que pensar un poco en ello y tomar los propósitos oportunos.

3. INTENTO DE LECTURA DE LA CRISIS

Las numerosas salidas que ha registrado la Congregación en estos años se sitúan dentro de un fenómeno más amplio de crisis y defecciones religiosas y sacerdotales y de disminución impresionante de vocaciones en la Iglesia de Occidente. Es un descenso que plantea preguntas inquietantes, ya sobre sus posibles causas, ya sobre el significado actual de los valores de fidelidad y perseverancia, ya sobre las perspectivas de futuro.

Estudiando las motivaciones que los que han salido y sus superiores manifiestan para justificar el paso dado, dialogando con los que actualmente se encuentran en un estado angustioso de duda y de replanteamiento, reflexionando sobre las actitudes de los resignados o de los indiferentes, observando a los que reaccionan sin equilibrio con actitudes torpemente conservadoras o superficialmente progresistas, y, sobre todo, ahondando en el compromiso de los que —incomparablemente los más numerosos— perseveran activamente y se esfuerzan por afrontar tantas dificultades graves, se ve en seguida la necesidad de distinguir un doble nivel de lectura del fenómeno de crisis: el *nivel personal* propio de cada uno, que hay que considerar caso por caso en su propio ambiente, y el *nivel cultural, social y eclesial* que hay que escrutar en una visión de conjunto, en solidaridad con los Pastores y con los expertos del pensamiento y de la ciencia.

Se trata de dos aspectos que se superponen y se compenetran de hecho, pero cuya diferenciación ayuda a un intento más inteligente de lectura de la crisis.

— A NIVEL PERSONAL.—Nos referimos aquí principalmente a los que han salido: su crisis, llegada a la decisión última, puede servir para iluminar las demás. Sabemos que los casos de abandono han sido muy numerosos. El fenómeno,

visto globalmente, nos ofrece datos concretos: debilidad de la libertad humana, descuidos en la selección y en la formación, desviaciones ideológicas, deficiencias institucionales, anacronismo de algunos aspectos de la forma de vida, moralismo en la práctica de los votos y de la observancia de la Reglas, etc.

Podemos añadir alguna consideración, aprovechando, especialmente, el análisis realizado por nuestro querido Consejero para la Formación, don Juvenal Dho, sobre las solicitudes de dispensa presentadas en los últimos diez años.

En los motivos aducidos para solicitar la dispensa hay dos puntos de vista, el del interesado y el de los superiores y testigos: son dos enfoques que se complementan a la hora de describir los motivos. El interesado presenta su estado de ánimo, considera su propia situación como experiencia vivida; el testigo, en cambio, describe el comportamiento observable, tal como ha sido percibido en la comunidad por él o por otros.

Ante todo, no podemos descuidar el recuerdo del significado profundo y grave del acto de libertad con que se hace la profesión perpetua o con que se pide la dispensa. Se trata de una decisión libre, de una opción global que influye en todo el proyecto de existencia, toca necesariamente el santuario íntimo de la conciencia y deja entorno una zona impenetrable para todo observador, incluso para el mismo interesado. Por tanto, indicar los motivos de una opción de abandono no equivale a establecer sus causas: «hablar de “motivos” y hablar de “causas” no es exactamente lo mismo. El tema de las “causas” es necesariamente mucho más amplio, y va del estudio de las múltiples variables ambientales, actuales e históricas, a las personales; mientras que el de los “motivos” se restringe a los elementos que *próximamente* llevan a la persona a una decisión y que son vistos por ella como la “razón” de tal decisión» (J. Dho).

Nosotros, aquí, partimos del nivel de los «motivos» presentados por los interesados y por los testigos.

Una primera valoración, simplemente «cuantitativa» (y que,

por tanto, necesita un estudio más detenido para no formular juicios superficiales y erróneos) nos presenta como primera indicación, numéricamente muy superior a las que le siguen, la castidad, afectividad y sexualidad. A continuación aparecen, por orden decreciente, las dificultades de personalidad, carácter y disturbios psíquicos; luego, la inmadurez general; el abandono de la oración y el desinterés por la vida espiritual; la pérdida del sentido de la vocación; el endurecimiento ideológico; la inadaptabilidad a la vida común; la ruptura con los superiores, el desacuerdo y la contestación; finalmente, y es importante, la constatación de la no existencia de vocación. Además de estos motivos se dan también situaciones concretas que se han hecho irreversibles.

La alta frecuencia cuantitativa de los «motivos» tocantes a la castidad, afectividad y sexualidad, ciertamente no debe ser juzgada como una «causa» del fenómeno actual de crisis. No se la puede mirar aisladamente, pues su verdadero significado se lo da la interdependencia con otros «motivos» a los que va unida, y del contexto global de la persona situada concretamente en una determinada trama de vida y en un clima cultural y espiritual.

Nos parece más objetivo y penetrante, en cambio, un intento de síntesis general de los diversos «motivos» presentados, que logre describir más agudamente la crisis de las defeciones. Una lectura sintética del conjunto puede hacerse en la descripción de un estado de ánimo bastante complejo. Se trata, en general, de *un estado de ánimo* que revela descontento y frustración por la vocación religiosa y sacerdotal, rechazo de normas, orientaciones, directrices y estructuras: todo ello muy relacionado con tres elementos significativos:

— *debilitamiento del sentido sobrenatural* y decadencia espiritual general;

— *opciones ideológicas* que tienden a justificar el abandono;

— *necesidad inmadura e impulsiva de afecto*, con caídas más o menos frecuentes en el ámbito de la castidad.

Sin duda, al considerar ese estado de ánimo en cada caso concreto, será preciso considerar su historia, que va de la infancia al ambiente familiar y social, a la educación y a los estudios, a la formación religiosa, al trabajo realizado, a la situación de convivencia en comunidad, etc.; además será preciso confrontarlo con el colosal fenómeno de evolución cultural en que vivimos, que a su vez tiene su propia historia y desarrollo más o menos acelerado, y acentuado de distinta manera, según las regiones y los países en que se vive; además, no se podrá dejar de considerar también el profundo proceso de renovación surgido en el ámbito específico de la Iglesia después del Vaticano II, que exige cambios delicados y ritmos de dinamismo espiritual y apostólico con expresiones concretas diferentes en las diversas regiones.

Del análisis de los «motivos» se desprenden también dos categorías muy distintas de abandono: la primera es la de quienes manifiestan una *inautenticidad inicial de la vocación religiosa*, latente durante muchos años y manifestada en circunstancias muy diversas; la segunda categoría es la de quienes señalan una *debilitación progresiva de la vocación hasta la ruptura de la perseverancia religiosa*.

Al analizar estas dos categorías de hermanos nos sentimos, sin duda, todos encausados y llamados a juicio. Son motivaciones en que todos estamos complicados: ligereza en las admisiones, superficialidad en el discernimiento de las vocaciones, insensibilidad ante los peligros de ciertas ideologías desorientadoras, aburguesamiento, falta de nervio espiritual y apostólico, situaciones comunitarias irregulares o injustas e impropias, incomprendimientos y contrastes, exceso de trabajo en cantidad o cualidad, condicionamiento de sospechas, habladurías, calumnias, instrumentalización de las dotes personales y falta de espacio para el espíritu de iniciativa, aislamiento y frustración por el hecho de no encontrar en la comunidad la genuina comunión y comprensión de la caridad.

Hay, pues, no pocas responsabilidades personales, tanto en

quien ha abandonado como en los muchos que han perseverado. Esto es objetivo; pero no justifica por sí las defecciones. La libertad personal vive envuelta, como ya hemos dicho, en un manto de misterio: no podemos someterla a un análisis exhaustivo; ella nos invita a no condenar.

Pero, si bien es cierto que la libertad sufre el impacto del ambiente, no se puede aceptar una explicación determinista de las crisis personales: la vocación es un hecho dialogal, marcado de originalidad, en las relaciones de cada uno con Dios; implica relaciones personales libres y sinceras con El a través de las vicisitudes y acontecimientos de la vida, y a través de las mediaciones de otras personas concretas. Por parte de Dios, es absoluta la certeza de su fidelidad a la llamada que El mismo ha hecho y a la intervención de su misericordia para sostener la débil capacidad de perseverancia de la libertad. La fuerza del ambiente no quita la responsabilidad a nadie, si bien circunscribe la libertad de cada uno en un cuadro de referencias que no se pueden no tener en cuenta.

Hecha esta aclaración, hemos de asumir sin falta toda nuestra responsabilidad, no sólo por el influjo personal que puede haber existido en la compleja objetividad de no pocas motivaciones, sino, sobre todo, para aceptar el reto que nos lanza la crisis y afrontar su problemática con inteligencia, constancia y visión de futuro.

— A NIVEL CULTURAL, SOCIAL Y ECLESIAL. — En el actual devenir humano se registra un intenso proceso de cambios, tanto en la Cultura como en la Sociedad y en la Iglesia, paralelo a los signos de los tiempos aparecidos en este siglo y generalizados, sobre todo, después de la última guerra mundial.

El gran cambio antropológico, como se suele llamar, con el sentido de activa participación social, de conciencia más clara de la dignidad de la persona, de emancipación de mitos y supersticiones, de promoción humana de la justicia social, de enorme desarrollo de las ciencias y de la técnica, nos ha lanzado a todos a la búsqueda de *un nuevo proyecto de hombre*.

Los vastos y rápidos cambios estructurales sociopolíticos, que apuntan a la construcción de *una sociedad nueva*, pensada con la ayuda de variadas ideologías, en muchos casos no cristianas y extrañas al espíritu del Evangelio, han suscitado tensiones y luchas y un pluralismo cultural que desorienta.

El conjunto de estos fenómenos señala una hora de *crecimiento de la humanidad*, y presenta las señales anunciadoras de una época histórica nueva. «El género humano —nos dice el Concilio— se halla hoy en un *período nuevo de su historia*, caracterizado por cambios profundos y acelerados que progresivamente se extienden al universo entero. Los provoca el hombre con su inteligencia y su dinamismo creador; pero recaen luego sobre el hombre, sobre sus juicios y deseos individuales y colectivos, sobre sus modos de pensar y sobre su comportamiento para con las realidades y los hombres con quienes convive. Tan esto es así, que se puede ya hablar de una verdadera metamorfosis social y cultural, que redundará también en la vida religiosa. Como ocurre en toda crisis de crecimiento, esta transformación trae consigo no leves dificultades» (GS 4).

Por otra parte, la *profunda renovación eclesial* que ha promovido el Vaticano II con la profundización del misterio de la Iglesia en los aspectos de comunión y misión, la centralidad dada a la Palabra revelada, el concepto complementario y de servicio de todo ministerio y carisma, la gran importancia que se ha dado a la Iglesia local con sus exigencias de descentralización y de pluriformidad pastoral, el apostolado de los seglares, la perspectiva ecuménica y el diálogo con las religiones no cristianas, la libertad religiosa, el nuevo enfoque del ministerio sacerdotal como función de «pastor» y de «guía» de la comunidad, la dimensión colegial del Orden, la nueva presencia de la Iglesia en el mundo como experta en humanidad, su naturaleza sacramental y el redescubrimiento del sentido eclesial de la consagración religiosa han tocado en lo más hondo todos los aspectos de la realidad cristiana, y en consecuencia han remo-

vido cierta tranquilidad de vida por un lado, y por otro han desconcertado los ánimos y han dado ocasión, a veces, a interpretaciones subjetivas, a diferencias de pareceres en las cosas más santas y seguras, e incluso, a abusos y desviaciones.

Este es, pues, el motivo de que por tantos y tan profundos cambios, bien a nivel sociocultural, bien a nivel eclesial, surjan no pocas dificultades, características de una evolución histórica. Ya lo dijo el Concilio: todo esto favorece el surgir de «un nuevo conjunto de problemas que exigen nuevos análisis y nuevas síntesis» (GS 5).

Las incertidumbres causadas por los cambios profundos han provocado una sutil inseguridad doctrinal en el ámbito de la Fe con dudas, imprecisiones, y hasta ambigüedades o aberraciones, y una crisis de identidad en la Iglesia misma y, en general, en la Vida religiosa hasta afectar más concretamente a cada uno de los Institutos.

La novedad de presencia de la Iglesia en el mundo ha provocado una crisis de espiritualidad y de los métodos apostólicos en la interpretación de las relaciones recíprocas entre promoción humana y evangelio de salvación y, en particular, una crisis de la visión ascética de la «fuga mundi» y de la moral cristiana.

El proceso de secularización ha puesto en crisis los valores propios de toda consagración, mientras que el sentido más democrático de la participación social ha producido la explosión de la contestación de la autoridad, y la aceleración de la historia ha desquiciado el campo de las estructuras y de las instituciones.

Por todo esto, no pocos religiosos se plantean el problema angustioso de la posibilidad de futuro o el preocupante problema de un futuro diverso. Y así se ponen sobre el tapete los principios mismos de la Vida religiosa: el verdadero valor de la profesión perpetua, la esencia permanente de cada uno de los votos, el sentido del proyecto evangélico del Fundador, la

importancia de la forma de vida comunitaria, los criterios de admisión al Instituto y la metodología de la formación.

Todo este enorme conjunto de valores nuevos, de problemas y de dificultades influye en los individuos mucho más de lo que aparece explicitado en los «motivos» aducidos a nivel personal, en lo que se refiere al fenómeno de crisis y de abandono.

Sin embargo, el Concilio, aun reconociendo el aumento de las contradicciones y de los desequilibrios (GS 8), no habla de catástrofe humana, sino, más bien, de la aurora de «un período nuevo de la historia» (GS 4) y del positivo propósito de la Iglesia y de los cristianos para ayudar, con una generosidad y eficacia cada vez mayores, a los hombres del mundo contemporáneo a que se esfuercen por construir una sociedad nueva y una nueva era. De aquí se deduce que el Vaticano II nos estimula a interpretar el fenómeno global de manera sustancialmente positiva, aun dejando, como deja, espacio más que suficiente para tantas angustias, inseguridades, desviaciones e influjos negativos que contagian su peso y su dificultad a las vocaciones religiosas y sacerdotales.

Por consiguiente, una perspectiva de esperanza. Esta, sin embargo, lanza un reto tremendo a la Vida religiosa contemporánea en su estabilidad y en sus posibilidades de futuro.

4. NUESTRA OPTICA DE DISCERNIMIENTO

En cuanto a nosotros, el profundo cambio cultural a que asistimos nos invita a la conversión y a un nuevo arranque. No resulta difícil descubrir en él las riquezas propias del misterio de la historia, que lleva viva dentro de sí la presencia de Cristo su Señor. Nuestra lectura del conjunto de los fenómenos puede llegar a ser, sin dificultad, una meditación de los designios misteriosos de Dios. En las vicisitudes, prósperas o adversas, podemos percibir como un paso del Señor, que nos des-

pierta, nos corrige, nos estimula, nos ayuda a crecer y nos invita a perseverar y a progresar.

Ningún Instituto religioso podrá hoy permanecer fiel en estado de inmovilismo; ni tampoco en un movi-lismo sin sentido por el mero afán de cambiar, que ataca o descuida la vitalidad de carisma inicial. El Señor que pasa, nos invita a un «equilibrio dinámico», que actúe la *fidelidad en el movimiento* con un ritmo de velocidad adecuado a las exigencias de las situaciones. De esta manera el interés por hacer los cambios justos y urgentes entra a formar parte viva de la misma genuinidad religiosa.

Pero para descubrir e interpretar el paso del Señor se necesitan capacidad de oración, objetividad de análisis, contacto vivo con los orígenes, atención a los signos de los tiempos y a la condición de los destinatarios, que influyen profundamente en la historicidad de la propia misión, continua e iluminada apelación al Vaticano II, a las orientaciones del Magisterio, a las directrices de los últimos Capítulos Generales y a la animación concreta de los principales responsables de la Congregación.

Es importante saber cultivar este género de meditación con espíritu de solidaridad comunitaria, sin actitudes individualistas o de autosuficiencia y sin presiones de grupos ideológicos.

— ENUMEREMOS ALGUNOS SINTOMAS POSITIVOS. — Con los Superiores Generales en Villa Cavalletti se ha podido individuar algunos elementos positivos que iluminan el panorama y permiten conjeturar una perspectiva seria de perseverancia y de fecundidad. He aquí algunos:

— La conciencia y la constatación de que esta nueva estación de Dios nos está llevando realmente por un camino de renovación, y no de agonía y de sepultura.

— El ejercicio, ya intensificado de hecho, de escrutar con inteligencia iluminada por la fe los signos de los tiempos y de tomar suficientemente en consideración el cambio antropológico.

gico, abriéndonos a la enorme aportación de las ciencias humanas, nos ha encaminado hacia una síntesis superior que no hace consistir la fidelidad en una mera restauración.

— El esfuerzo creciente por profundizar el depósito de la fe, tanto en su estructura personal como en su contexto social, nos ha despertado a iniciativas importantes para lograr una formación intelectual permanente.

— La visión conciliar de la Iglesia como misterio está restituyendo a la Vida religiosa el primado de la dimensión contemplativa.

— La sensibilidad por los pequeños y los pobres lleva consigo una recuperación de la fuerza testimoniante de los votos y una mayor sensibilidad de comunión.

— El desafío de tantos cambios ha movido a los Capítulos Generales a precisar y esclarecer la identidad vocacional de cada uno de los Institutos.

— La necesidad de programar el futuro con mirada inteligente ha llevado a una vuelta objetiva y penetrante hacia el carisma del Fundador.

— La situación de inestabilidad y de búsqueda ha contribuido a hacer revisar, a renovar y a reafirmar el valor de las Constituciones como proyecto evangélico que se centra en la profesión religiosa.

— La disminución numérica de profesos ha estimulado a procurar y cuidar la «calidad» en los diferentes aspectos esenciales de la vocación, en la selección, en la admisión y en la formación inicial.

— La crisis, en general, ha despertado las responsabilidades y ha estimulado a estudiar las prioridades espirituales y pastorales que se deben cultivar.

No se puede negar que, junto a estos síntomas de esperanza, permanece abierto, como dice el Papa en su encíclica «Redemptor Hominis», un panorama «de inquietud, de miedo consciente o inconsciente, de amenaza que de varios modos se comunica a toda la familia humana contemporánea y se mani-

fiesta bajo diversos aspectos [...] en varias direcciones y varios grados de intensidad» (RH 15).

De aquí, la importancia y la urgencia de saber encontrar, en un período de transición, el modo de fortalecer y alentar a todos los hermanos.

5. ALGUNAS TAREAS PRIORITARIAS

Mientras tanto, del análisis realizado con una óptica de esperanza, se deducen ya concretamente algunas tareas irrenunciables y urgentes; debemos resaltarlas para que sean objeto privilegiado de nuestro trabajo de programación en la renovación. Se trata de algunos puntos clave hacia los cuales los datos analizados nos llevan a dirigir nuestra voluntad operativa.

— En primer lugar, el estudio a fondo del *significado de la fe y de su patrimonio doctrinal*, centrado en el misterio pascual de Cristo en el contexto de la problemática actual. Esto nos pide una atención especial a la reflexión teológica sobre la Vida religiosa y una conciencia renovada de sus valores fundamentales, sobre todo de la *profesión perpetua*.

— En segundo lugar, la calidad de la *formación*, tanto inicial como permanente, precedida de una selección cuidadosa de los *candidatos*. El proceso formativo debe dirigirse por completo a llegar a «la persona en lo más profundo de su ser, y no sólo a su inteligencia y conducta exterior, para ayudarla a percibir y encontrar de nuevo, con libertad, sus propias motivaciones» (J. Dho).

— Además, la urgencia de recuperar y de dar importancia práctica a la *dirección espiritual* es un elemento que aparece *frecuentísimo* en los análisis. Los Superiores Generales la han considerado como una necesidad vital y han pedido que se busque y encuentre el modo de sensibilizar a todos los Institutos religiosos sobre este problema. En esta misma línea se ha

insistido en la figura y papel del superior como maestro de «vida en el Espíritu», tal como se ha descrito en el documento «Mutuae Relationes» (MR 13).

— También, la importancia de la *comunidad fraterna* y de las *relaciones humanas* dentro y fuera de la Vida consagrada, presenta una urgencia especial en la comunidad religiosa para favorecer el equilibrio de la persona y para estimular la fidelidad, tan difícil particularmente en estos momentos. Si es cierto que todo profeso se ha comprometido con la comunidad, lo es aún más que la comunidad está llamada a cuidar de cada hermano (Const. 4, 50-53, 54). Urge destacar hoy las grandes posibilidades de prevención y de terapia que puede ofrecer una genuina comunidad de vida: toda comunidad debe llegar a ser «una comunidad fortalecedora», que sabe dar fuerza e infundir ánimo a sus miembros.

— Finalmente, la atención a una *higiene psíquica y espiritual*: la salud psíquica tiene necesidad, como la física, de un conjunto de condiciones que la conserven y favorezcan. «Se constata que muchas defecciones van claramente relacionadas con una serie de tensiones, conflictos, ansiedades, que revelan muchas veces, en el fondo, un modo de vivir, comunitario y personal, fuera de toda norma de higiene psíquica e incluso de sentido común» (J. Dho). Convendrá tener en cuenta, sobre todo en ciertos casos, los medios actuales de tratamientos terapéuticos de inspiración cristiana oportunos, recibidos, si es el caso, en centros especializados.

Por otro lado, la vocación misma necesita su higiene espiritual: «vivir habitualmente con un estilo en desacuerdo con los valores vocacionales auténticos no puede dar otro resultado que debilitarlos progresivamente» (J. Dho).

6. LOS EJES DE LA FUERZA Y EL ALIENTO

El intento de lectura de la actual crisis religiosa nos ha abierto horizontes esperanzadores, pero a la vez ha confirmado las preocupaciones y las angustias, al presentarnos una problemática enorme y ambivalente, superior del todo a nuestras posibilidades de intervención, y que, por tanto, conserva también su peso y su aspecto desalentador. No se trata, aquí, de pasar por optimistas o pesimistas, sino de ser creyentes.

La perseverancia y la fidelidad son posibles; más aún, son la única actitud válida y constructora de futuro.

Efectivamente, permanecer fieles y tener la capacidad de fortalecer y alentar a los demás no proviene del ingenuo entusiasmo de quien no barrunta los problemas y no se da cuenta de la grave corrosión del ir cediendo poco a poco ni de los complejos peligros que amenazan el futuro de la Vida religiosa. Sin embargo, aun dando por descontadas la turbación natural y la infiltración insidiosa de un sutil secularismo que penetra en todos los ambientes y que hace tambalear el significado evangélico de toda consagración, permanece indestructible una certeza de perseverancia. Sabemos por el Evangelio que Cristo es, en la historia, el vencedor (Jn. 16, 33) y que nuestra fe es verdaderamente una victoria (1 Jn. 5, 4).

La fuente de donde brota la capacidad de afianzar a los hermanos proviene de la presencia salvadora de Dios en nosotros; y tal presencia hunde sus raíces en la gracia que santifica nuestro ser y lo hace actuar a través de los dinamismos teológicos de la fe, la esperanza y la caridad.

Esos son precisamente los tres grandes ejes sobre los cuales gira el *servicio de afianzamiento* de los hermanos hoy: el de la verdad, iluminada por la «fe»; el de la perspectiva, animado por la «esperanza»; y el de la bondad sostenido e impregnado por la «caridad». Queremos reflexionar brevemente sobre estas energías que se nos brindan de lo alto.

Debemos dar aquí por conocidos los grandes horizontes

cristianos de la fe, esperanza y caridad: trataremos sólo algunos puntos estratégicos que de esos horizontes refluyen sobre nuestra vida religiosa y exigen una atención especial y propósitos prácticos de aplicación.

De la fe sacamos algunas orientaciones estratégicas sobre la verdad; de la esperanza, algunas llamadas para la misión; de la caridad, algunas prioridades para la comunión.

— LA VERDAD, ILUMINADA POR LA «FE». — Lo primero de todo, para dar fuerza e infundir ánimo en casa, es necesario saber presentar límpida la *verdad sobre la Vida religiosa*.

El Concilio, el Magisterio, los Capítulos Generales y los Superiores responsables de toda la Congregación han ofrecido para esto, en los últimos años, un abundante material de esclarecimiento. También han ayudado, en la Iglesia, a individuar los centros neurálgicos de la consagración religiosa algunos buenos teólogos con oportunas reflexiones.

Por desgracia, también se han difundido ideologías peregrinas o interpretaciones superficiales o infundadas y modas secularistas, que despistan a las personas frágiles o poco maduras. En cuanto a esto, convendría no echar en olvido que los Apóstoles pronunciaron juicios fustigantes contra los falsos maestros que alejan de la verdad a sus hermanos (Cfr. 2 Cor. 11, 1 ss.; 1 Tim. 6, 3 ss.; Tit. 1, 10 ss.; 2 Pe. 2, 10 ss.; 1 Jn. 2, 18 ss.; Juds. 1, 3 ss.).

Urge asegurar la claridad de percepción y la convicción de conciencia sobre los valores que acompañan algunas verdades fundamentales para nuestra vocación.

Concentremos nuestra estrategia en dos: la «Profesión religiosa» y la «índole propia» de la Congregación.

El redescubrimiento de los valores de la «Profesión Perpetua», como opción fundamental y definitiva, por parte del sujeto, y como consagración específica por parte de Dios y de la Iglesia. Con la profesión perpetua el religioso lanza toda su existencia a una órbita eclesial muy concreta. La profesión

perpetua es una opción y consagración totalizante, que se constituye en medida de juicio y criterio de discernimiento en todas las opciones posteriores; comporta una óptica original y un testimonio especial en el proyecto global de la propia vida; nada queda fuera de las perspectivas de ese enfoque. No se es religioso intermitentemente, a ratos: la oblación de la profesión y su consagración íntima es el compromiso radical que cualifica todos los aspectos de la existencia del religioso.

En la fórmula con que nosotros hacemos la profesión perpetua (Const. 74) aparecen las características de la «alianza» bíblica: el encuentro de dos fidelidades en un compromiso de existencia; y una amistad de carácter nupcial, que empeña toda la vida y orienta todo el dinamismo de la propia actividad; es la fusión de dos libertades a tiempo pleno y a existencia plena.

Con razón hablaba Santo Tomás de un «voto de profesión», en singular (Cfr. S. Th. II-II, q. 186), pues considera el acto del que profesa no dividido, sino más bien explicitado en los tres votos, como un acto único y global del «Voto de religión» (Cfr. Tillard, «Devant Dieu et pour le monde», ed. du Cerf, París 1974).

El motor interno de la profesión perpetua, el secreto de su dinamismo y toda su mística es el «seguimiento de Cristo». El amor y el entusiasmo por El constituyen la fuente primera y la meta de la vida del religioso.

En la celebración de la profesión perpetua debemos subrayar su *dimensión pública* que asegura y proclama oficialmente el sello eclesial y el significado social y comunitario de la consagración. En efecto, la celebración de la profesión perpetua manifiesta una intervención particular del Señor a través del ministerio de la Iglesia. Antiguamente a esta intervención se le daba el nombre de «consagración» (también el nuevo «Ordo professionis religiosae», págs. 30, 49, 73, 92 usa el término «consecratio seu benedictio» para la profesión perpetua). Y precisamente en este sentido el Concilio habló de «consagra-

ción» del religioso: «(él) es consagrado (por Dios) más íntimamente al servicio divino» (LG 44, texto latino).

Si la intervención de Dios es consagración y bendición que desciende de lo alto, el acto del que profesa es oblación y holocausto que asciende de abajo.

La vocación de cada uno es una *llamada divina particular*, a la que responde la libertad personal con su *oblación definitiva*, que recibe la contraseña de una *consagración especial* por parte de Dios, merced a la cual todo el ser del hombre entra, *con un nuevo título*, en una *nueva unión de amistad con El* que abarca toda la vida y toda su actividad, y que le asigna *un papel especial en la sacramentalidad general* de la Iglesia.

No en vano se hace la profesión perpetua como parte integrante de una celebración litúrgica, y su significado más profundo «nace de un acto litúrgico y es inseparable de la liturgia» (G. Philips, en su comentario de la «Lumen Gentium»). A través de la profesión queda uno *consagrado por el Señor en su Pueblo*, en cuanto Sacramento universal de salvación, para participar más específicamente en su misión entre los hombres. Así la Vida religiosa adquiere una dimensión «sacramental», que es participación de la naturaleza de la Iglesia, para manifestar y comunicar a la sociedad humana un aspecto del misterio de Cristo (LG 46), no simplemente como proyecto privado de un individuo o de un grupo, sino como una función oficial, o mejor como un carisma público y eclesial para el bien de todos. De esta manera el religioso entra, por la profesión, a formar parte de un «cuerpo especializado» (de un «ordo») o dé una «categoría testimonial» en el organismo vivo del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

Así pues, redescubrir y proclamar la verdad sobre los valores de la profesión perpetua, a fin de prepararse a ella y vivirla coherentemente, es el primer elemento para infundir fuerza y aliento a los hermanos, para hacer conocer la grandeza y la responsabilidad de la vocación, para ir contra la indiferencia, la superficialidad y ciertas interpretaciones ideológicas que desna-

turalizan el valor de la Vida religiosa o que, más frecuentemente, debilitan los fundamentos de la perseverancia.

Podemos citar aquí, porque es de una profundidad análoga, cuanto el Santo Padre escribió a los sacerdotes: «Es necesario pensar en todo esto, particularmente en los momentos de crisis, y no recurrir a la dispensa, entendida como una “intervención administrativa”, como si en realidad no se tratara, por el contrario, de una profunda cuestión de conciencia y de una prueba de humanidad. Dios tiene derecho a tal prueba con respecto a cada uno de nosotros, dado que la vida terrenal es un período de prueba para todo hombre. Pero Dios quiere igualmente que salgamos victoriosos de tales pruebas, y nos da la ayuda necesaria» (Carta a los Sacerdotes 9).

El «confirma fratres tuos» va íntimamente unido a la comunicación de la verdad sobre la naturaleza de la profesión perpetua: de hecho el sostén de las certezas de la esperanza y de los bienes de la caridad es la fe.

— Adhesión sincera a la «índole propia» de la congregación.

— Otro aspecto de verdad en la Vida religiosa, en el que urge hoy insistir con esmerada claridad, es el de la identidad carismática del propio Instituto para asegurar y desarrollar concretamente un sentido claro de pertenencia. La profesión religiosa, en efecto, no se hace en abstracto, sino según un proyecto evangélico concreto, concebido y vivido por el Fundador, y descrito con autoridad en las Constituciones. En los orígenes, nuestros primeros hermanos expresaban su proyecto religioso de vida con una simple frase, pero densa de riqueza existencial: «Quiero quedarme con Don Bosco».

La identidad de un Instituto no se encuentra en una idea o en una definición, sino en una experiencia de «vida en el Espíritu». La Congregación a la que uno se incorpora con la profesión es una realidad histórica con nombres de personas, con fechas, con tradición, con un estilo de santidad y de apos-

tolado, con objetivos particulares que alcanzar y con criterios adecuados de acción. La Vida religiosa en la Iglesia no es algo genérico, subsistente «in se», sino el conjunto de Institutos diferenciados, bien definidos, que prolongan vitalmente el patrimonio espiritual de San Benito, de San Francisco, de Santo Domingo, de San Ignacio, de San Alfonso, de Don Bosco, etc.

La índole propia de un Instituto nace por la iniciativa del Espíritu Santo cuando concede al Fundador un carisma determinado. No se la inventa en cada generación, sino que fluye homogéneamente desde los orígenes; de hecho, el carisma del Fundador «se revela como *una experiencia del Espíritu*, transmitida a sus discípulos para que ellos la *vivan, guarden, profundicen y desarrollen constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo que crece ininterrumpidamente*. Por eso, la Iglesia defiende y sostiene la índole propia de los diversos Institutos (LG 44; Cfr. CD 33; 35, 1; 35, 2, etc.). Esa índole propia, además, comporta también *un estilo particular de santificación y de apostolado*, que va creando una *tradición* típica cuyos *elementos objetivos* pueden ser fácilmente individuados» (MR 11).

Existe, pues, en la índole propia de la Congregación un espesor histórico que no depende de interpretaciones ideológicas ni puede quedar a merced del arbitrio de los individuos, o de grupos de presión, sino que en la realidad está anclado en dos datos de hecho muy concretos: *el Fundador*, o sea, una persona bien definida, que ha recibido y ha comenzado a vivir en la historia un don especial del Espíritu Santo; y *una Comunidad* de discípulos, enriquecida ininterrumpidamente por el mismo Espíritu Santo con nuevas vocaciones, y *estructurada orgánicamente* con el fin de cuidar y desarrollar en el tiempo la permanencia del carisma del Fundador.

El desarrollo y la creatividad a través de los siglos necesitan sintonizar con las realidades históricas, evitando distorsiones tanto de signo temporalista en el ámbito sociopolítico como de arbitrariedades espiritualistas que apelen subjetivamente al so-

plo de Pentecostés. Los hechos nos dicen, por desgracia, que actualmente existen abusos por ambas vertientes.

El servicio de afianzar y dar aliento exige, pues, un conocimiento claro de la «índole propia» de la Congregación, como una órbita claramente definida para lanzar a ella las energías nuevas y los proyectos de desarrollo, a fin de lograr un crecimiento homogéneo y sano del carisma del Fundador.

— LA PERSPECTIVA, ANIMADA POR LA «ESPERANZA». — Para afianzar y alentar a los hermanos se precisa cuidar también un segundo eje: el de *una perspectiva* que demuestre la actualidad y la importancia *de nuestra misión* en medio de los hombres.

Hoy se mira al porvenir, al nuevo Adviento del 2000, según el ritmo genuino del Evangelio, que implica siempre novedad. Pero en esa actitud hay que ser conscientes del futuro, aun sin dejarse condicionar por cierta seducción mágica del futuro. ¡Somos nosotros quienes influimos sobre el futuro! No estamos caminando en una vía férrea trazada por una visión determinista, sino creativamente, con criterios válidos de discernimiento que miran simultáneamente al carisma del Instituto y a los signos de los tiempos para construir, con nuestro esfuerzo, una síntesis vital superior.

Cuando, tras un decenio largo de crisis, se comienza a hablar de recuperación de ciertos valores o de cansancio por un movilismo exagerado, no se indica un simple retorno al pasado con un plan de restauración: sería la negación del crecimiento y una adulteración estática de la fidelidad. Ni tampoco se trata de un cansancio pasajero, como si fuera una tregua operativa sin verdaderas convergencias superiores y aportaciones positivas de una nueva síntesis.

Ahora estamos ya asistiendo claramente a la revalidación de unos cuantos valores; crece una crítica constante e incómoda contra el cambio por el cambio; no se trata de cansancio o parada fugaz, sino de un paso adelante muy concreto.

La recuperación de que se habla es la señal del comienzo de una *síntesis superior* entre los grandes valores permanentes y los aspectos nuevos positivos que emergen de los signos de los tiempos. Se entrevé un equilibrio mayor entre los principios de validez constante, ayer y mañana (porque trascienden la moda efímera de la hora que pasa), y los valores que emergen en el devenir humano. No es un equilibrio estático para quien se ha instalado en un pedestal, sino un verdadero *equilibrio en el movimiento*, donde la misma velocidad interviene como uno de los factores que aseguran la estabilidad en el avanzar.

El profundo cambio cultural hacia una época histórica nueva no ha hecho más que comenzar; la Iglesia, los Pastores, los Institutos Religiosos deben pensar su misión desde el interior de una sociedad humana en transición, convencidos de estar llamados a una búsqueda valiente.

El equilibrio en el movimiento exige la posesión de algunas certezas, claras y robustas, que constituyan como una plataforma de lanzamiento hacia muchas órbitas del espacio; exige saber vivir «establemente» en una «situación inestable». El santo, por ejemplo, con su obediencia, con su castidad y con su pobreza, es un hombre para todas las estaciones; es portador de valores que sirven para cualquier tiempo; representa un centro de interés no sólo del pasado sino también para el futuro. Ahora bien, ¿cuáles son los principios permanentes que lo mueven? Será necesario acertar a individualizarlos para hacerlos entrar en simbiosis con los signos de los tiempos y lograr así la *síntesis superior*.

Esa es la dirección en que hay que saber encontrar los elementos de seguridad en una situación de búsqueda. La esperanza está, por sí misma, lanzada hacia el futuro, pero se apoya en certezas irrefutables ya existentes. Cuenta con la omnipotente bondad y misericordia de Dios que nos ama y acompaña; cuenta con la presencia viva y activa de Cristo que nos guía en la historia; cuenta con la intercesión e intervención materna de

María que comparte, en la resurrección, la tarea del Señor en la construcción del Reino de Dios en los siglos.

Para tener una perspectiva de valor y de entusiasmo en nuestra misión, urge asegurar los grandes puntos de apoyo de la esperanza cristiana que nos dan la capacidad de equilibrio en un período de transición aún largo.

Pero aquí voy a recordar, para nosotros, sólo dos aspectos derivados que considero estratégicos y urgentes: «la escucha operativa de la llamada de los jóvenes» y la renovación de nuestra «criteriología apostólica».

— **La escucha operativa de la «Llamada de los jóvenes»** es indispensable para un compromiso apostólico de futuro. Nos consideramos servidores del hombre, porque hemos sido enviados por el Padre a ser misioneros de la juventud. Nuestra perspectiva de futuro tiene dos polos inseparables: la ayuda de lo alto que nos sostiene y nos lanza, y los muchachos y jóvenes que nos llaman y solicitan en su condición juvenil concreta.

Estamos entre los jóvenes, porque Dios nos ha enviado a ellos, y escrutamos su condición juvenil con toda su problemática porque, a través de ella, es Cristo mismo quien nos interpela. La patria de nuestra misión es la juventud necesitada. Su condición objetiva es el estímulo práctico que mide los compromisos de nuestra esperanza, nos ofrece elementos para evaluar nuestras obras y nos pone en crisis de revisión y de replanteamiento de nuestro proyecto.

Hoy se siente imperiosa la necesidad de una «novedad de presencia» apostólica; ésta no condena las obras por sí mismas, pero exige un replanteamiento magnánimo al lado de experimentos inéditos debidamente programados y evaluados. Los dos últimos Capítulos Generales nos han orientado precisamente por ese camino.

El moverse en esta dirección no disminuye los problemas; más bien los crea; no favorece ni la comodidad ni la tranquilidad, sino que despierta los sentimientos más genuinos del

apóstol; no se siente uno cómodo, sino llamado a colaborar con Cristo Redentor en la liberación integral del joven. La fuerza y el valor se aflojan cuando se encierran en una situación de aburguesamiento; en cambio, su clima más propicio es el de la problemática y el de las necesidades ajenas, sobre todo de los destinatarios preferenciales. Nuestra vocación nació en tiempos difíciles y el valor para vivirla creció al afrontar las dificultades reales y complejas del momento.

— **Renovación de nuestra «Criteriología Apostólica»** para que tenga validez en el futuro. Tal criteriología se contiene, como nos ha enseñado el CG21, en el Sistema Preventivo. Después del estupendo documento capitular sentimos la imperiosa obligación de reactualizar sus grandes principios fundamentales. Este es un trabajo indispensable para nuestra perspectiva apostólica.

En el Sistema Preventivo encontramos el «estilo de santificación y de apostolado» (MR 11) característico que el Espíritu del Señor suscitó en Don Bosco; constituye un elemento venido de lo alto que fundamenta nuestra esperanza.

Ahora bien, en una situación de transición no nos sirven las fórmulas hechas, sino más bien los grandes criterios de acción que suscitan y guían tantas programaciones posibles y diferenciadas. Tenemos necesidad de criterios que animen, con vitalidad nueva, las tareas pastorales, aunque nos estemos moviendo, o mejor, precisamente porque nos estamos moviendo en una incertidumbre sociocultural.

Cuidemos, por consiguiente, una perspectiva pedagógica de principios de acción robustos y garantizados por la experiencia, que acompañe y haga operante nuestra esperanza (Cfr. Carta circular sobre «El Proyecto Educativo Salesiano», ACS 290, 1978).

Cuanto más se profundicen y se sepan traducir en orientaciones prácticas los grandes criterios pedagógicos pastorales

que nos ha dejado Don Bosco en el Sistema Preventivo, tanto más se contribuirá, indudablemente, a afianzar a los hermanos.

— LA BONDAD, SOSTENIDA E IMPREGNADA POR LA «CARI-DAD».—Finalmente, el tercer eje de la fuerza y del valor es el de la bondad sostenida e impregnada por la caridad.

La bondad es una actitud que no condena, que no es agresiva, que comprende, que perdona, que intuye, que es paciente, que confía, que espera, que pone interés, que conforta, que anima, que estimula, que alaba, que corrige con humildad y confianza. Viene a la memoria el himno a la caridad de la primera carta a los Corintios: «El que ama es paciente y servicial. El que ama no es envidioso, no es jactancioso, no se engríe. El que ama es respetuoso, no busca su propio interés, no conoce la cólera, no toma en cuenta el mal. El que ama rechaza la injusticia, se alegra con la verdad. El que ama, todo lo excusa, todo lo cree, todo lo soporta, no pierde nunca la esperanza» (Cfr. 1 Cor. 13, 4-7).

Ciertamente en un clima empapado de esta bondad resulta fácil la comunicación recíproca y la eficacia de un diálogo de animación. Recordemos el encuentro del joven albañil Bartolomé Garelli con Don Bosco en la iglesia de San Francisco de Asís, de Turín: la bondad del joven sacerdote hizo posible una amistad que inauguró la nueva misión histórica de la Familia Salesiana en favor de la juventud.

Todos estamos convencidos de la importancia de la bondad; y todos somos fáciles en añorar el corazón de Don Bosco, que no siempre encontramos en el clima de nuestras comunidades. Es más fácil criticar su ausencia que contribuir a aumentar su presencia.

No cabe duda de que quien es «bueno» irradia calor y esperanza en los demás. El problema está en conocer y usar los medios para cultivar la bondad.

Me detengo también en este punto para recordar simplemente dos aspectos estratégicos que garantizan, a quien lo

quiera, el crecimiento de la bondad; provienen del don de la caridad infundida en nosotros por el Espíritu del Señor. Son: la recuperación del «primado de la dimensión contemplativa» y el cuidado intenso de la «comunidad fraterna».

— **La recuperación del primado de la «dimensión contemplativa»** implica el ejercicio y el desarrollo de la caridad en nuestras relaciones con Dios: la atenta escucha de su Palabra, la consideración de su misterio de salvación, la meditación de su misericordia, el estupor por el heroísmo de su sacrificio, la admiración por la benignidad y la constancia de su comportamiento, el gozo por la generosidad de sus dones, el entusiasmo por la gratuidad de su amor.

La bondad que procede de la caridad no es propiamente un dato temperamental o una superficial convivencia bonachona, sino un fruto consciente y exigente de la profundidad del propio amor a Dios.

Cuanto más se difunda en la Congregación cierta atmósfera cargada de ateísmo práctico, tanto menor será la capacidad de una verdadera bondad entre los hermanos.

La fuente de la bondad que constituye el centro del espíritu salesiano es Dios, en una conciencia de profunda amistad con El; tal bondad fluye del ejercicio de una caridad que contempla, con intuición amorosa, el corazón del Padre. Se trata de una contemplación donde la actividad de la inteligencia se pone al servicio del amor y donde los propósitos de la voluntad se traducen en un testimonio de servicio como participación del misterio adorado.

Para recuperar altura en la función de infundir fuerza y valor en los hermanos a través de la bondad, es preciso aumentar la capacidad de permanecer en conversación continua con Dios, escogido, en la profesión religiosa como el Amigo sumamente amado. De ahí la importancia y urgencia de cuidar los tiempos de oración personal y comunitaria; la Eucaristía, la Penitencia, la meditación de la Palabra de Dios, la liturgia de

las horas, la devoción a María son los medios indispensables para hacer posible, cada día, nuestra bondad.

La capacidad de animación a los demás se apoya por completo en la conciencia viva de la amistad con Dios.

— **Cuidado intenso de la «comunidad fraterna».** — Otro campo concreto para el cultivo de nuestra bondad es el ejercicio de comunión con los demás.

¡En estos años se ha hablado tanto de intercambios personales, de amistad, de comunión fraterna, de comunidad ideal! Hay que ser realistas y no contribuir a hacer de la comunidad un mito. La comunidad perfecta no existe en la historia; sólo se da en la Jerusalén celeste. Aquí, entre nosotros, peregrinos, la comunión fraterna es objeto de búsqueda y esfuerzo de construcción; crece con las aportaciones de la bondad de cada uno. Una bondad contenta de dar con el estilo de la gratuidad aprendido en el misterio de Dios.

El fenómeno de las defecciones y de la crisis profunda de no pocos hermanos nos ha recordado un aspecto particular, tal vez demasiado descuidado en el vértigo de los afanes del quehacer diario: en todos hay algún momento o grado de debilidad y de pecado, incluso de disturbio psíquico; hay un nivel de patología más o menos intenso, incluso en los religiosos considerados normales; nuestra vida no es sólo lógica y ascesis.

El realismo de las constataciones de debilidad, de culpa, de desequilibrio y de enfermedad nos ha recordado que la bondad tiene también un aspecto de comprensión, de perdón y de terapia. Al promover la formación permanente en cada comunidad se debería reservar un lugar no secundario a su *dimensión terapéutica*, que muchas veces previene y otras cura las caídas y los síntomas patológicos de alguno de sus miembros. Para dar fuerza y aliento a no pocos hermanos es necesaria una atención inteligente al cuidado de este aspecto. La reeducación de cada comunidad debe llevarnos a saber afrontar las faltas y

las crisis personales con el estilo de la bondad que es amor comprensivo y respetuoso, basado en la fuerza y lealtad de Dios, y no en el desinterés, en el permisivismo, en la connivencia o en el temor a corregir.

7. CONCLUSION

Hemos recorrido juntos, queridos hermanos, un poco de prisa y con una presentación muy sintética, algunos datos de lectura de la crisis actual, y hemos descubierto signos de esperanza e individuado tareas prioritarias de trabajo. Lo hemos hecho considerando el abandono de no pocos, el desaliento de algunos, el titubeo de otros, la merma de las vocaciones y el ansia de todos por tener una perspectiva de futuro más clara.

La época en que vivimos pone a prueba la fecundidad y la fidelidad. ¿Cómo reaccionar? ¿Quién nos dará la fuerza y el valor para afrontar tantos problemas?

El Señor es la fuente de la fidelidad; María y la Iglesia nos proclaman el misterio cristiano de la maternidad fecunda; todos los consagrados han sido encargados de llevar confianza y alegría a sus hermanos. Los ejes sobre los que gira tal *ministerio de animación* son la fe, la esperanza y la caridad; ellas nos invitan a concentrar el servicio de afianzar y confirmar a los hermanos en la verdad de nuestra vida consagrada, en las perspectivas de nuestra misión, y en la bondad inherente a nuestro estilo de vida.

Si consideramos los puntos concretos a que nos hemos referido al hablar de los tres ejes, constataremos que se trata de un programa de renovación ya profundizado y establecido por nuestros dos últimos Capítulos Generales. Se nota que el Espíritu del Señor nos asistió en aquellas asambleas para establecer una estrategia válida de cara al futuro, para esclarecer los valores de nuestra identidad, para estimular los compromisos de la perseverancia.

Concentrémonos, pues, inteligente y generosamente, en estos puntos estratégicos para fortalecer entre nosotros la fidelidad y la fecundidad.

Don Bosco testimonió con toda su existencia la fidelidad, la fecundidad y la capacidad de alentar. Vivió en tiempos difíciles y encontró precisamente en ellos una razón aún más fuerte para su vocación. Tal vez nos estábamos olvidando de que pertenece a la esencia misma de nuestra vocación existir precisamente para resolver problemas, pequeños y grandes. También la Iglesia existe para afrontar las dificultades y vencer el mal.

Los pensadores de hace algunos siglos se preguntaban si Cristo se habría encarnado en el caso de que no existiese el pecado en la historia: nosotros sabemos que su encarnación es, de hecho, obra de redención y liberación en una lucha encarnada contra el misterio de la iniquidad.

También la dimensión mariana de nuestra espiritualidad nos recuerda el aspecto de patrocinio y ayuda por parte de María precisamente en tiempos difíciles, para que sepamos luchar y ser constantes hasta el fin.

Despertemos, pues, con confianza y esperanzados, el entusiasmo y la profundidad de nuestra profesión religiosa, recordando cuanto decía el apóstol Pablo a los cristianos de Corinto: «(Dios), por su parte, os mantendrá firmes hasta el fin, para que el día de Nuestro Señor Jesús nadie pueda acusarnos. Fiel es Dios, y El os llamó a ser solidarios de su Hijo, Jesús el Mesías, Señor Nuestro» (1 Cor. 1, 8-9).

¡Mis mejores deseos de fuerza y de aliento para todos!

Os aseguro mi afecto y un recuerdo todos los días en la Eucaristía y en el Rosario.

Vuestro en el Señor,

EGIDIO VIGANÓ,
Rector Mayor